

20 de abril de 2024 - Sábado de la 3ª semana de Pascua

[Hechos, 9:31-42; Juan, 6:60-69](#)

### Homilía

En este tiempo de Pascua, las lecturas de la Misa son muy ricas. Durante las dos primeras semanas, nos han presentado sobre todo las apariciones de Jesús, y ayer tuvimos, en cierto modo, la última de estas apariciones, la de Pablo.

Durante los próximos días, las lecturas de los Hechos describirán las primeras etapas del establecimiento y la configuración de la Iglesia primitiva, primero en Jerusalén, luego en toda Judea, Samaria y Galilea, y finalmente en las naciones gentiles.

San Lucas es un escritor excelente. No sólo es el único autor del Nuevo Testamento que domina el griego, sino que, sobre todo, sabe organizar una narración, presentando a todos los personajes principales desde el principio. En los capítulos de los Hechos que estamos leyendo estos días, nos presenta a los dos pilares de la Iglesia, Pedro y Pablo, mostrando muy claramente sus distintas misiones, y el área geográfica específica de la misión de cada uno.

Hay algo muy misterioso, y sin duda un doble sentido, en el primer versículo de la lectura de hoy: "Entonces la Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaria". Esta mención de la paz es tanto más sorprendente cuanto que la persecución se menciona justo antes y volverá a mencionarse poco después. Pero quizás haya otro significado -un poco irónico- en esta afirmación.

No debemos olvidar que la división de las Escrituras en versículos y capítulos es bastante reciente, y su división en secciones con títulos y subtítulos es aún más reciente. En todos los manuscritos de la Biblia, el texto de un libro discurre de principio a fin sin ninguna división en párrafos o secciones. Ayer leímos el relato de la conversión de Pablo (o más bien de su llamada); después Hechos nos contó cómo Pablo empezó a predicar en Jerusalén y cómo su predicación suscitó mucha oposición. A continuación, el texto dice: "Cuando los creyentes se enteraron de esto, lo llevaron a Cesárea, y desde allí lo enviaron a Tarso". Luego el texto continúa, sin transición alguna: "*La Iglesia gozaba entonces de paz en toda Judea, Galilea y Samaria*". El significado es claro. La presencia de Pablo y su actividad apostólica perturbaron la paz de Jerusalén, y esta paz -una paz muy superficial y precaria, a decir verdad- se restableció después de que Pablo fuera enviado a Tarso, de donde había venido... Es maravilloso ver cómo los planes de Dios se realizan a través de la

intervención humana, incluso a través del miedo y la debilidad humanos.

Vemos cómo Lucas compone su libro de los Hechos (el segundo libro de su Evangelio) de forma maravillosa. Tras describir los inicios de la vida de la Iglesia primitiva en Jerusalén, lleva allí a Pablo brevemente y luego lo envía de vuelta a Tarso, dejándolo fuera de la acción durante un tiempo. Sabemos que la mayor parte de los Hechos se dedicará a la actividad de Pablo. Pero por el momento Lucas quiere concentrarse en Pedro y mostrar cómo se establece claramente como sucesor de Jesús; hoy diríamos vicario de Jesús, realizando los mismos milagros que Jesús. Sin embargo, debemos tener cuidado con el tipo de milagros que realiza Pedro. Nunca son el ejercicio de algún tipo de poder mágico con el fin de demostrar algo. Son simplemente actos de misericordia o piedad. Pedro, por ejemplo, ve a un paralítico que lleva ocho años postrado en la cama y simplemente le dice: "Jesucristo te cura; levántate y anda". Pedro no tiene la sensación de estar realizando él mismo un milagro. Simplemente dijo e hizo lo que Jesús habría dicho y hecho. Luego le hablan de Tabita, que había muerto y estaba siendo llorada por todos. Pues bien, él simplemente le dice: "*Tabita kum -- Levántate, Tabita*", cosa que ella hace. ¡Pedro es un hombre de pocas palabras!

Pablo, en cambio, no realizará ese tipo de milagro y será un hombre de muchas palabras -- ¡y qué palabras!

Es realmente maravilloso ver cómo Dios, que parece haber disfrutado creando una gran variedad de seres humanos todos diferentes entre sí, también se complace en establecer su Iglesia sobre personas lo más diferentes posibles entre sí.

Si nos miramos unos a otros, en cualquier comunidad, nos damos cuenta fácilmente de que somos muy diferentes entre nosotros. Aprendamos a ver estas diferencias no como barreras entre nosotros, sino como efectos del amor de Dios, que se complace en esta diversidad.

Armand Veilleux